

DOMINGO: CUERPO Y SANGRE DE CRISTO

1ª lectura (Génesis, 14, 18-20): *Sacó pan y vino, y lo bendijo.*

Salmo (109, 1b-4): *«Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec»*

2ª lectura (1ª Corintios, 11, 23-26): *Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros.*

Evangelio (Lucas 9, 11b-17): *Dadles vosotros de comer.*

Recuerdo desde niño haber visto el pan en la mesa familiar. Al inicio de la comida, mi padre o mi madre lo partía en trozos y lo repartía entre todos mis hermanos. Era un gesto sencillo y cotidiano. Pasado el tiempo, al recordar y dar sentido a lo vivido, he comprendido que aquel gesto de partir el pan y repartirlo tenía una significación profunda. En aquel hecho aparentemente ordinario, había escondido un secreto.

El secreto, el sentido profundo, es que en aquel pan también se daba la vida de la madre y la vida del padre. Aquel pan había sido ganado con trabajo y sudor, con dedicación y entrega. Y, ahora, al partirlo y ponerlo en las manos de los hijos los padres se daban así mismos. Todo el cuidado, todo el amor se concretaba en aquel trozo de pan. Era como, sin palabras, los padres nos dijeran: *“comed este pan, fruto de nuestro trabajo y de nuestro amor por vosotros, comedlo pues en él va nuestra vida”*.

A los discípulos de Jesús les sucedió algo parecido. En el tiempo de duelo que vivieron tras la desaparición del Maestro y al abrigo del amor que sentían por él, fueron recordando su vida y sus palabras y, lentamente, fueron comprendiendo el sentido profundo de todo lo acontecido en su vida. Y las palabras que Jesús había pronunciado en la Última Cena comenzaron a adquirir una fuerza y una luminosidad desconocida hasta entonces para ellos. El corazón les ardía de emoción. Era verdad. En aquellas palabras: *«Tomad y comed», «Tomad y bebed»,* se concentraba toda su vida de amor entregado.

En palabras de san Pablo: *«Que el Señor Jesús, la noche que iba a ser entregado, tomó pan en sus manos y, pronunciando la acción de gracias, lo partió y dijo: “Esto es mi cuerpo, que se entrega por ustedes. Hagan esto en memoria mía”.*» Para nosotros, esa cena del Señor se ha vuelto la parte más conocida de nuestro culto, y la vemos con toda naturalidad, a pesar de que ni siquiera el vocabulario ha sido constante en todas las épocas: al mismo rito que llamamos *“la cena del Señor”*, se le ha denominado mesa del Señor. Fracción del pan, sinaxis, eología, misa, eucaristía... y otros nombres más.

Jesús encuentra en ese alimento cotidiano el mejor símbolo de su propia existencia. El pan es el futo de la tierra y del trabajo de la gente. Un fruto que cumple su misión cuando pierde su propia existencia mientras da vida a quienes lo consumen. Y ante la inminencia de su muerte, Jesús toma ese símbolo de su vida en sus propias manos. **¡No le arrebatan la vida, sino que Él la quiere entregar!**

Es emocionante pensar que Jesús, bien consciente de lo que va a ocurrir, no tiene palabras de queja, sino oración de agradecimiento. **¡Da gracias!** Él, que va a ser entregado a una muerte prematura e injusta, tiene el corazón rebosante de gratitud.

«Haced esto en memoria mía», les había dicho. Ya no lo olvidarían jamás. Desde entonces, sus palabras y el gesto de volver a comer el pan y beber el vino se convirtió en el acontecimiento que sostendría la vida de las comunidades cristianas. Hasta hoy. Pasados los siglos, el lugar privilegiado donde entrar en comunión con Jesús, donde escuchar sus palabras, donde comulgar con su vida hecha pan y vino es la cena del Señor, la Eucaristía. Es el Corpus Christi.

Ese pan partido hay que repartirlo entre los comensales de la cena y los comensales de la vida, como nos indica el relato de la multiplicación de los panes. Jesús les dio los trozos de pan *“para que se los sirvieran a la gente”*. Por eso, cada vez que con nuestras palabras y acciones contribuimos a que en este mundo haya menos hambre de pan, de justicia y de sentido; cada vez que compartimos el vino de la alegría para que en la mesa de la vida haya menos soledad y menos tristeza, hacemos posible la cena del Señor. **«Haced esto en memoria mía»,** nos dice cada vez que celebramos la Eucaristía.

¿Qué es lo que hemos recibido y, a su vez, debemos transmitir? No se trata solo de celebrar la eucaristía; se trata de aprender a vivir eucarísticamente. Y así, *“cada vez que comemos de este pan y bebemos de este cáliz, proclamamos la muerte del Señor, hasta que vuelva”*. Nuestras celebraciones nos ayudan a mantener la tensión entre la vida diaria y ese final que anhelamos y, *“hasta que Él vuelva”*, tenemos el privilegio de colaborar con el Señor para que a todos les llegue el pan que necesitan: **«Denles ustedes de comer»**.

Más, ¿cómo hacerlo, Señor?, si no ponemos en tus manos nuestros cinco panes y dos pescados. ¿Cómo ayudar, en nuestras familias?, a que cada uno vaya descubriendo la necesidad de que solo vale la pena una vida que se parte y se entrega. Si tú, Señor, no bendices nuestros panes para poder darles de comer.